



De paso y permanencia un proyecto del Museo Cementerio Alemán y Museo Arqueológico MUSA

Esta es una exposición que comprende que el cuerpo humano y la vasija de barro comparten una misma lógica: ambos son recipientes que se llenan, alimentan, transforman y devuelven. Las culturas prehispánicas del altiplano y la Sierra Nevada lo comprendieron hace milenios —sus múcuras y urnas funerarias no representaban el cuerpo; eran el cuerpo en otro estado de la materia. El Romanticismo alemán, desde otro hemisferio del pensamiento, llegó a la misma conclusión en la somos parte de una dinámica natural que no gobernamos. Hoy, en un tiempo que acelera y borra los rituales, estas obras de cerámica reclaman el tiempo lento del barro, el tiempo del compost, el tiempo del árbol que crece sobre la ceniza. el tiempo que se hace a sí mismo como resistencia.



El cuerpo humano y la vasija de barro comparten una misma lógica que fue comprendida y materializada por los primeros habitantes del territorio colombiano. En ella ambos, cuerpo y vasija, son recipientes que se llenan, alimentan, transforman y devuelven. Las culturas del altiplano cundiboyacense, las las riberas del Magdalena y la Sierra Nevada lo comprendieron hace milenios, sus múcuras eran matrices de vida y fertilidad; sus urnas funerarias, segundas pieles para el retorno a la tierra, eran una descripción precisa de lo que significa tener cuerpo. Por otro lado el romanticismo alemán, que constituye la idea que organiza y continúa el Cementerio Alemán, desde otro hemisferio del pensamiento, llegó a la misma conclusión ya entrada la modernidad en el que el ser humano no gobierna la naturaleza, y comprendiendo que la habita como expresión local de sus fuerzas.



Aquí, en este jardín donde reposan los que construyeron Bogotá desde la diáspora, esos dos saberes se encuentran como una idea central para pensarnos en nuestra contemporaneidad. Hoy, en un tiempo que acelera y borra los rituales, las obras de Stiven Vergara, Sonia Rojas, Nicolás Wills, Adriana Hurtado y el colectivo Cositas Bien Nice, en diálogo con el acervo prehispánico del MUSA, y los legados patrimoniales del Museo Cementerio Alemán, nos convocan al tiempo lento del barro, en el tiempo del compost, el tiempo del árbol que crece sobre la ceniza. No como nostalgia sobre el pasado, es más bien una reflexión sobre lo que significa tener un cuerpo y vivir en un mundo, que aparentemente nos ha hecho olvidar aquello que las sociedades que nos precedieron conocían bien, que ahora emergen como resistencia. pensamientos de aquello que las sociedades que nos precedieron conocían bien, y que el pensamiento romántico alemán supo reconocer desde otro lugar; saberes que estas propuestas del arte activan hoy como resistencia frente a la desaparición del fuero interno y la masificación post-industrial que sitúa la vida en la producción y el aislamiento. PSM

Lo primero es pensar en la vasija como ontología del cuerpo.

Existe, en la colección del MUSA, una serie de urnas funerarias del Magdalena Medio y Tierradentro (datadas entre 500 y 1500 d.C.) que los arqueólogos de origen alemán K.T. Preuss y Gerardo Reichel-Dolmatoff describieron como "segundas pieles". Esto nos sugiere que las vasijas y urnas son una ontología del cuerpo. La precisión al llamarlas segundas pieles radica en que estas piezas no representaban el cuerpo del difunto de manera literal, su función simbólica se desplegaba según la particularidad de cada caso, operaban según su misma lógica en la que recibían, contenían, transformaban y cedían, volviendo al lugar de origen de la materia misma que infunde la vida que compartimos los seres que andamos sobre la tierra. Las múcuras (vasijas de uso doméstico) realizaban el mismo gesto en el extremo vital del ciclo pues recibir agua, guardar alimento, proveer a la comunidad. El mismo objeto, la misma forma, el mismo barro y proceso que va de un extremo del ciclo y el otro.



Este acercamiento es una proposición ontológica más que museológica sobre lo que significa tener cuerpo. La filósofa Jane Bennett, en *Vibrant Matter* (2010), argumenta que la materia (el barro, las cenizas, el hueso) no es pasiva ni inerte y que posee agencia en la capacidad de afectar y de ser afectada. Desde ahí, la vasija prehispánica podemos verlo en una recomposición de su despojo en una vitrina direccionando como un actor en el ciclo vital que esta exposición propone contemplar.

Lo segundo es el encuentro de dos saberes, dos maneras de ver el mundo, aparentemente alejadas, pero particularmente cercanas: Naturphilosophie y cosmología andina

El Cimiterio Alemán de Bogotá abrió sus puertas en 1912, en pleno auge de la migración germano-parlante a Colombia. Quienes llegaron traían, entre sus pertenencias intelectuales, el legado de la Naturphilosophie, esa corriente filosófica articulada por Schelling, Novalis y Goethe que propuso, contra el dualismo cartesiano, que el ser humano no se opone a la naturaleza sino que es una de sus expresiones locales. Novalis lo formuló con precisión diciendo que "nuestro cuerpo debe devenir arbitrario. Orgánica nuestra alma" (Novalis, *Fragmentos*, ca. 1798). El cuerpo, en esta tradición, no es un límite fijo, es más bien como un un proceso continuo.

Lo llamativo (y lo que esta exposición pone en tensión) es que las culturas del altiplano y la Sierra Nevada habían resuelto esa intuición siglos antes, en términos materiales y rituales. Cuando Reichel-Dolmatoff estudia las urnas del Magdalena Medio, no las trata como curiosidades primitivas, las comprende como sistemas de pensamiento sobre el cuerpo y el cosmos (Reichel-Dolmatoff, *Colombia: Ancient Peoples and Places*, 1965). Hay, en ese encuentro entre el etnólogo formado en la tradición germana y las piezas de barro prehispánicas, un reconocimiento situado pues lo que el Romanticismo alemán articulaba filosóficamente, las culturas andinas ya lo habían materializado. De Paso y Permanencia activa ese reconocimiento como experiencia estética.



Lo tercero debe ser situar el tiempo del barro frente al tiempo del capitalismo contemporáneo.

La pregunta que articula esta exposición es precisa cuando retomamos estos elementos y nos preguntamos sobre el presente ¿qué lugar ocupa la muerte en una sociedad obsesionada con la producción constante? El sociólogo Hartmut Rosa, en *Alienación y aceleración* (2010), señala que la aceleración del tiempo social destruye la capacidad de "resonancia", la posibilidad de ser afectado por el mundo, de sostener relaciones que transformen. El ritual funerario es, en sus términos, un dispositivo de resonancia por excelencia ya que obliga a habitar el tiempo lento, el tiempo del duelo, el tiempo del cuerpo que se descompone y devuelve sus minerales a la tierra. Algo que el capitalismo contemporáneo convierte ese umbral en trámite.

Donna Haraway, en *Staying with the Trouble* (2016), propone el concepto de sym-poiesis ("hacer-con") como alternativa al mito del individuo autónomo. En ese proceso los cuerpos no se hacen solos, se hacen con la tierra, los hongos, los minerales, los otros. Su consigna, "make kin, not babies; make compost, not babies", sintetiza exactamente lo que la urna prehispánica y el terrario contemporáneo proponen como objetos. Es una apuesta por la no reproducción del individuo y se antecede a la integración al ciclo (de vida como de la materia y el tiempo). El terrario que cierra esta exposición (donde las cenizas alimentan una planta) es el sym-poiesis de Haraway convertido en pieza.

Los artistas y colectivos invitados sitúan su práctica en esta encrucijada desde cinco gestos distintos y complementarios. Adriana Hurtado construye vasijas que dialogan directamente con las figuras cerámicas de las gritonas de la colección del MUSA, pero esta vez con rasgos de mujeres racializadas y mestizas que cargan a sus hijos. La forma ancestral del recipiente que contiene vida se convierte en cuerpo femenino que sostiene, transmite y hereda.



Stiven Vergara produce unos vasos de cartón de café desechables, replicados con exactitud en cerámica de alta temperatura. Los objetos diseñados para el descarte y el consumo rápido se petrifican y elevan a la condición de urna, irrumpiendo en la lógica del tiempo neoliberal desde adentro de sus propios objetos. Nicolás Wills presenta cerámicas de animales muertos (una liebre, un pájaro desnucado, las patitas de un mamífero) que nos devuelven la pregunta sobre las otras vidas no humanas que hemos domesticado, mutado, olvidado y descartado; vernos en ellos es reconocer nuestra propia relación con el mundo que hemos convertido en recurso.

El colectivo Cositas Bien Nais interviene un osario a través de una propuesta que articula lo relacional y lo didáctico, pues ocupando el lugar que habitó un cuerpo, su trabajo en cerámica activa procesos históricos y vínculos de sentido que se van integrando lentamente al espacio, como la arcilla misma al fuego. Por último, Sonia Rojas propone una intervención sensible donde el detalle (la rama caída, el exoesqueleto de cigarra) nos hace percibir la escala de lo que está en juego, y que cada cesación es también un umbral, y que lo significativo no siempre ocupa el centro de la sala. Los cinco recuperan, desde materiales y estrategias distintas, el gesto lento del alfarero como acto político en un tiempo que no tolera la lentitud.

De Paso y Permanencia no propone una vuelta al pasado. Propone reconocer que el pasado (las urnas del Magdalena Medio, el Gottesacker alemán, el barro que tarda semanas en secarse) contiene una comprensión del cuerpo y del tiempo que el presente ha olvidado y necesita recuperar (Mesa, 2023). Este jardín donde se exhibe la muestra es él mismo una vasija, un recipiente que guarda cuerpos y memorias, que recibe a los vivos y los devuelve al mundo con algo distinto adentro. Salir de aquí es, en ese sentido, una forma de retornar a la pregunta por lo que somos cuando dejamos de producir y empezamos, simplemente, a pertenecer, y de pronto volver a un origen.

Curador: Paul Sebastian Mesa

Fichas técnicas de la exposición en el siguiente Link:
<https://acortar.link/9pmgqf>